

# Editorial

Deseamos sumarnos, desde el espacio de nuestra Revista, a la necesaria reflexión sobre las críticas situaciones que atravesamos. La violencia y el dolor social nos invaden y comprometen a todos.

Como psicoanalistas queremos estar presentes en los debates abiertos en nuestra sociedad, contribuyendo a vislumbrar la naturaleza de fenómenos de nuestra cultura signados por la destrucción. Intentar una vez más la tarea “imposible” de cercar la ininteligibilidad del Mal para, desde allí, construir juntos alternativas sostenidas en la solidaridad.

Abordamos en estas páginas la compleja dimensión social del ser humano y el impacto en nuestra clínica de fenómenos culturales tan diversos como la explosión demográfica, las migraciones, la marginación, las guerras, los genocidios o la posibilidad de supervivencia de la mente bajo condiciones extremas.

El siglo XX ha sido, tal vez, uno de los períodos más violentos en la historia de la humanidad, entre otras causas por el incremento de la capacidad de destrucción por los avances científicos y tecnológicos. Ya en 1929 S. Freud escribía, en su artículo *El malestar en la cultura*: “Hoy los seres humanos han llevado tan adelante su dominio sobre las fuerzas de la naturaleza que con su auxilio les resultaría fácil exterminarse unos a otros, hasta el último hombre. Ellos lo saben; de ahí buena parte de la inquietud contemporánea, de su infelicidad, de su talante angustiado.”

El análisis de la violencia social no puede ser abordado sólo como manifestación de conflictos intrapsíquicos; requiere de una visión antropológica compleja que articule, junto a las dimensiones psíquicas, los puntos de vista económico, político y social. Probablemente, en investigaciones futuras, los estudios interdisciplinarios alcancen gran relevancia.

Toda organización social conlleva en su propia estructura, y a través de las normas que la constituyen como tal, el germen de la violencia, a la vez que contiene los aspectos más regresivos de los miembros que la componen.

Cuando esta estructura no cumple con su función, los aspectos depositados en ella se trasladan a los vínculos interpersonales, y el “Mal”, intrínseco a todo sistema social, llega a encarnarse en formas límites de deshumanización.

La teoría y la técnica psicoanalítica se han complejizado al incorporar nuevos modelos que enriquecen el abordaje de los fenómenos inter y trans- subjetivos. A la inclusión de las funciones identificatorias y de contención, se le suma la investigación de los vínculos familiares, sociales y transgeneracionales.

La clínica de las situaciones traumáticas masivas reabre el interrogante de la posibilidad de recuperación de la vida mental bajo estas situaciones extremas.

Algunos de los artículos aquí presentados estudian los diferentes caminos en la constitución de la subjetividad, complementarios y articulados entre sí. Señalan la impronta de lo nuevo, del encuentro, en una conceptualización en la que el sujeto no aparece sólo como producto de un pasado. Ahondan en la dimensión social de la subjetividad.

Otros trabajos giran alrededor de la intolerancia a las diferencias y el ejercicio del poder sobre el otro, desde la transformación deshumanizadora hasta la aniquilación física.

Carecemos de explicaciones para muchos de estos fenómenos. Espacios hasta ahora ajenos a nuestra esfera de reflexión, deberán ser repensados y categorizados. Contamos con lúcidas descripciones pero quedan abiertos grandes interrogantes clínicos. ¿Cuál es la tolerancia individual al registro directo y brutal del horror? ¿Se puede disolver este “vacío” intentando pensarlo? ¿Cuáles son las condiciones de un decir que pueda ser verdadero? ¿Qué pasa en la mente del analista, en su vocación y en su capacidad reparatoria, cuando ve en riesgo su trabajo o necesita emigrar por razones socio-económicas? ¿Qué defensas se activan cuando las estructuras socio-culturales no pueden cumplir su función? ¿Qué clase de fenómenos clínicos emergen a partir de situaciones cotidianas de violencia?

Si el dolor, en sus formas puras, remite a padecimientos no simbolizables que paralizan y destituyen al sujeto, el acceso al sufrimiento, como dimensión abierta a la simbolización, señalaría en cambio vías posibles de reconexión con la vida. Nuestro desafío como psicoanalistas es esta lucha en pos de Eros.

*Comité Editor*

## FLORES

*Los agujeros de la palabra tienen alma. Nadie la ve, ni el alma de los agujeros se ve a si misma, ni la palabra la ve. La veleta sigue al viento en esta casa donde lo que fue dolor es dolor. La cantante se fue a Paris para encontrarse con su canto, el dolor se va al dolor mientras el viento gira y las flores dejan pasar.*

## MOSTRAR

*En la memoria hay palabras que no se pueden decir. Duran, y hacen mal y hacen bien, como un caballo loco. Correr por esos campos sin tapar los ojos del recuerdo Para que se detenga. Respetar el deseo que no fue. Contestarse con nada y mostrar valor ante el desastre.*

Juan Gelman,  
*Valer la pena*, 2001